

“Preciosa es la vida entregada por la misión”

Reflexión No. 1:

El amor de Dios resplandece en nuestros corazones en los colores del arco iris ... (A. Janssen)

Arnoldo Janssen: ¡la persona equivocada, en el tiempo equivocado, en el lugar equivocado!

La persona equivocada, por el hecho que Arnoldo no tenía aquellas cualidades personales que uno normalmente busca en un fundador de una empresa mundial. Un compañero comentó, “De todo nuestro curso, Arnoldo Janssen habría sido uno de los últimos que uno podría considerar apto para tal tarea”.

El tiempo equivocado, porque los años de 1870 eran muy difíciles para la Iglesia en Alemania, con sus líderes encarcelados, parroquias sin sacerdotes, órdenes religiosas prohibidas. Debido al Kulturkampf, él incluso tuvo que cruzar la frontera y fundar la casa misional fuera de su propio país.

La persona equivocada, y sin embargo, aquí estamos cien años después de su muerte dándonos cuenta que se habla de Arnoldo y se le reza mucho más que antes. Los cirios que ponen los peregrinos ante su tumba en Steyl han estado ardiendo continuamente, día y noche desde la canonización en el 2003. La labor que él comenzó aún está creciendo, y ahora con varios grupos de laicos asociados. Trabajamos en más de 70 países. Pero más importante que este crecimiento numérico son los esfuerzos que se hacen para responder a los desafíos de nuestro tiempo, inclusive cuando esto nos conduce por senderos difícilmente imaginados por Arnoldo. Claramente entonces, la persona correcta y el Espíritu ha sido capaz de hacer buen uso de este “pobre instrumento de gracia”.

De la misma forma, el Espíritu puede hacer grandes cosas por medio nuestro si nuestra dedicación es tan generosa y plena como la de Arnoldo, quién vio su vida y compromiso misionero como una respuesta al “amor inexpresable” de Dios. “Todas las tres Personas nos mostraron su amor por nosotros en una forma completamente nueva y jamás escuchada. El Hijo Eterno, al hacerse humano; el Espíritu Santo, al venir a habitar en corazones humanos; el Padre Celestial, al enviar a los Queridos de su Corazón (el Hijo y el Espíritu) para revelar su amor por nosotros”. Poder compartir este profundo deseo de Dios por la humanidad fue para Arnoldo el objetivo de la labor misionera. Su experiencia del amor de Dios le dio entusiasmo y fortaleza, y para poder profundizar esta voluntad de Dios, estuvo dispuesto a aceptar cualquier sacrificio que fuera necesario y a enfrentar la crítica de los otros.

No es sorprendente por lo tanto, que la expresión de San Pablo, “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones”

(Rom 5, 5), fuera uno de los textos más citados por Arnoldo, puesto que es la base de toda la labor misionera. En efecto, misión es realmente el amor de Dios que fluye en nuestro mundo vacío de amor llevándole vida y alegría verdaderas. El amor de Dios continuó su flujo por medio de Arnoldo al mundo, y esto lo llevó a apreciar aun más “el valor de las almas”, la dignidad de cada persona. “El amor al prójimo encuentra su expresión más alta en la difusión del Evangelio”, fue la base de su entusiasmo misionero, su ardiente pasión. “Para esta causa no existe sacrificio que sea demasiado grande”.

¿Y nosotros? – Sin duda decimos que la labor misionera vale la pena y hemos dedicado nuestras vidas para ello. Sin embargo, a menudo el entusiasmo que ardió en Jesús y en Arnoldo pareciera estar ahora en nosotros solo como un fuego sin llama, sin vida, ya no es ardiente como la del Cristo apasionado. “Viva el corazón de Jesús en los corazones de los hombres” apenas resta como una oración pía nomás.

¿Cómo re-encender el fuego? – Esperamos que celebrar el Año Centenario de los Santos Arnoldo y José pueda ayudar. Sus ejemplos pueden inspirarnos a adoptar una actitud de diálogo que conscientemente trata de apreciar y defender la dignidad de cada persona. En un retiro, antes de un envío misionero Arnoldo dijo: “Meditar sobre el trono de Dios (en el corazón humano) nos ayudará a ver el tremendo valor que tiene la labor misionera. Imaginen que nosotros podamos ver en los corazones de aquellos que están en un estado de gracia. Veríamos sus corazones teñidos y envueltos de luz, y al centro, el Dios Trino. ¡Qué visión más asombrosa!”. Este sentido de asombro y sobrecogimiento impregna todas sus charlas. Asombro, que el Dios Trino muestre tanto amor por nosotros pobres humanos de esta forma. Sobrecogimiento, por la dignidad y belleza que este amor infinito entrega a cada persona, “para ser hijo o hija del Padre, hermana o hermano del Hijo, un templo, una esposa del Espíritu Santo”. En su último sermón de Pentecostés, Arnoldo lo puso de esta forma: “El Espíritu Santo es el Dios de amor que viene, de manera de hacer a los humanos amados a los ojos de Dios, y para revelarles el amor que Dios les tiene.”

Es justamente cuando nosotros mostramos amor y respeto por los otros, que el Espíritu nos ayuda a apreciarnos a nosotros mismos como amados. Aquí está la clave para la santidad, que es un proceso de toda la vida. “Solo el amor ensancha el corazón humano”. Arnoldo hizo un esfuerzo consciente para mostrar su amor y respeto, aunque no siempre tuvo éxito, de acuerdo a algunos que vivieron con él. No era un santo intachable, pero sí trataba de todo corazón de estar abierto al amor transformador del Espíritu Santo. En 1901 Arnoldo le pidió a la comunidad: “Si ustedes desean hacerme un favor especial, entonces ayúdenme a rezar para tener algo de la plenitud del amor divino en mi frío corazón. Y lo que tengo en mente aquí en primer lugar, no es el amor por Dios sino el amor por ustedes. Estaré sumamente agradecido si ustedes rezaran por mi para que tenga este amor”. El P. Gier, uno de sus antiguos críticos, dijo que para aquellos que lo conocieron desde un principio, el anciano Arnoldo era como una persona distinta. Y sin embargo, aún en 1906 el obispo de Roermond tuvo

que investigar la validez de serias quejas de parte de algunos Hermanos y de algunas Hermanas en Steyl.

Así como Arnoldo, también nosotros tenemos que luchar contra nuestras debilidades y ser conscientes de nuestras fragilidades. Pero es una lucha plena de esperanza, sabiendo que es el amor de Dios el que nos cambia más que nuestros propios esfuerzos. Es una esperanza dirigida no a un vago futuro sino al presente. El Espíritu de amor que mora en nosotros es el que hace de cada uno una persona amada ya ahora.

Esta es la base de aquellos desafíos fundamentales establecidos por nuestros Capítulos Generales:

- Acercarnos a los otros en diálogo con una actitud de “solidaridad, respeto y amor” (SVD 2006).
- “Ser una presencia compasiva de Jesús en su misión profética” (SSpS 2002).
- Contemplar el misterio de la Santísima Trinidad que mora en nosotros, “cuya luz nosotros debemos ser capaces de ver brillar igualmente en los rostros de nuestros hermanos y hermanas” (SSpSAP 2003).

“Así como la luz del sol”, escribió Arnoldo, “cuando brilla sobre la lluvia que cae se refracta en los siete hermosos colores del arco iris, así brilla el amor del Espíritu Santo de siete formas en los corazones de los santos dándoles una belleza especial que deleita los ojos de una persona espiritual”.

Que el Espíritu que habita en nosotros nos conduzca a deleitarnos en la belleza colorida del arco iris que existe en cada persona con la que vivimos y en aquellos a quienes servimos, y en realidad, por sobretodo, en nosotros mismos.

Peter Mc Hugh, SVD

Reflexiones bimensuales el Año Centenario de Arnold Janssen and Joseph Freinademetz

Reflexión nº 2

José Freinademetz Un hombre de Amor, Fe y Oración.

La aldea de Oies donde José Freinademetz nació el 12 de abril de 1852 está situada en el corazón de Los Dolomitas, en el Valle Gader, Val Badia. En la pequeña granja familiar a 1.500 metros de altitud, el pequeño Ujop (como se llamaba en su lengua natal, el ladino) aprendió a trabajar y a orar. Creció en las tradiciones de la Iglesia y del pueblo y con sus hermanos y hermanas experimentó lo que es tener hogar y sentirse seguro.

Ya de niño dejó su casa paterna para estudiar en la ciudad de Brixen. En aquel tiempo no había carretera en su valle y debió causarle bastante miedo a aquel niño de 10 años el alejarse de su casa paterna. Este fue el primero de los muchos pasos que dio y que lo llevaron a despedirse de su casa, de sus amigos y de su familia. Unos pasos que lo llevaron a realizar el sueño de su vida, un sueño que se haría realidad cuando sus pasos lo condujeron a una tierra muy distante. Fue capaz de dejar atrás su casa, sus amigos y parientes porque estaban todos muy presentes en su corazón. El objetivo de su viaje (y de su vida) fue vivir para Dios y para la gente, y China fue el lugar adecuado para ello. Quiso lograr el objetivo de su vida *con* y *para* el pueblo chino.

Viviendo el amor

Pero esto no fue nada fácil. Poco después de su llegada a China José tuvo que vivir muchas frustraciones. Su informe a Arnoldo Janssen sobre sus dos primeros años muestra lo difíciles que resultaron para él. En casa había sido respetado, amado y aceptado. En China, especialmente durante sus dos años de Hong Kong, se sintió aislado: era un extranjero marginado. Tuvo que luchar para no amargarse o hundirse en el desánimo. Abiertamente admitió que su vida misionera, su propia vida, estaba llena de sufrimientos. “Las espinas llenan el camino”. Estar aislado de esta forma, con muy poco éxito, le arrebató lo mejor de sí mismo y le hizo aflorar los prejuicios. “El carácter chino tiene poco atractivo” escribió cuando al principio estaba desanimado. Si los misioneros no tuvieran motivaciones más altas “se volverían todos a casa en el próximo barco”. Se trata del lenguaje típico de una persona que no ha realizado sus expectativas. Pero José no permaneció en estos prejuicios. Luchó contra las frustraciones. Años más tarde, no permitía comentarios negativos sobre los chinos en su presencia.

No debemos olvidar lo extraña que China le habrá parecido al principio. Era el tiempo del imperialismo cuando la raza blanca se sentía superior a las otras razas. La información sobre los pueblos extranjeros estaba caracterizada por esta actitud. José hizo lo que pudo, pero tuvo que admitir que adaptarse sólo externamente, usando ropa china, la coleta obligatoria y el nombre chino, no lo convirtieron en una persona diferente. Se dio cuenta de que tenía un largo camino por recorrer. Así que comenzó a

estudiar con avidez “los puntos de vista chinos, las tradiciones y costumbres chinas, y el carácter y las expectativas chinas”. Y aprendió que esto no podía lograrse “en un día, o en un año, sino sólo después de numerosas operaciones dolorosas”. Comprendió que “lo principal es la transformación de la persona interior”.

Cuanto más tiempo estuvo viviendo con los chinos y trabajando para ellos, más llegó a comprenderlos y sus rasgos de personalidad comenzaron a destacar más. “Su amistad cautivante y encantadora era ciertamente en parte un don natural precioso. Pero no era sólo esto, puesto que así no hubiera podido mantener esta actitud tan consciente y continuadamente”, como lo definió el Obispo Henninghaus.

Los granjeros de la montaña son gente curtida, así que José no se dejó desanimar. Entre sus chinos maduró para convertirse en santo, una persona generosa en sintonía con sus propios principios: “No le niegues nada a nadie y no desees nada para ti mismo”. O, tal como lo cita el P. Johannes Blick: “Los paganos se convertirán sólo con la gracia de Dios y, además, con nuestro amor”. Porque “el lenguaje del amor es la única lengua que todos los paganos entienden”. José había aprendido muy bien a hablar este lenguaje de amor.

Ni los esfuerzos corporales, ni las difamaciones malévolas, ni las dolorosas palizas, ni las peligrosas amenazas de muerte, pudieron disminuir su amor por los chinos. No sólo se vestía como ellos, también hablaba su lengua perfectamente y trataba de pensar como ellos. Así que según la opinión de muchos incluso pareció convertirse en chino, y él mismo se sintió cada vez más como uno de ellos. “Me he convertido en chino, y quiero permanecer siendo chino incluso en el cielo”.

Si hubiera rechazado lo que para él era un mundo extraño, no habría podido llegar a ser un verdadero misionero. La adaptación no es suficiente, lo que se necesitaba era un “cambio interior”, su propia conversión.

Viviendo de la Fe

Su familia contribuyó también en gran medida al hecho de que eligiera y siguiera este camino de servicio a la gente y a Dios. La vida en la casa de sus padres estaba modelada por la fe. El rosario diario era lo habitual, así como la bajada dominical al pueblo de San Leonardo para la misa. Incluso durante la semana trataban de asistir a misa en la medida de lo posible. La oración en común y la asistencia a misa eran los signos externos de una profunda fe que estaba arraigada en la vida interior y que modelaba a la familia Freinademetz, una fe que modeló a José y lo sostuvo durante toda su vida, una fe que tiene sus raíces en Oies y en su familia. La fe era para él una herencia de familia preciosa que no podía guardar sólo para sí, tenía que transmitirla a los otros.

La Iglesia nos lo presenta ahora como modelo. Esto sin duda significa que nosotros tampoco podemos, por así decirlo, esconder nuestra fe en el bolsillo donde nadie pueda verla. Es una fe que también nosotros hemos heredado. Tenemos que pasarla a los otros. Hacer esto en China fue **su** especial llamada. Tenemos que preguntarnos a nosotros mismos dónde está **nuestra** China: el lugar donde encontramos a esa gente en nuestra vida a los cuales tenemos la obligación y el privilegio de transmitir nuestra fe de una forma tangible y concreta.

Vivir de la Oración.

Cuando José Freinademetz fue ordenado sacerdote, sintió el apoyo de su familia. Incluso estando en un lugar tan lejos como la China se vio a sí mismo acompañado por sus familiares. Sin ningún reparo dejó que sus padres, sus hermanos y hermanas, sus amigos y conocidos, compartieran las alegrías y las penas de su vida misionera. En casi todas sus cartas a la familia y a su amigo Thaler les pide que recuerden en la oración a los chinos que le han sido confiados y a toda la misión. Él enfatizaba que tampoco los olvidaba y que constantemente los encomendaba al Sagrado Corazón y a la Madre de Dios. Incluso antes de dejar su casa para no volver a verla jamás, escribió: "Alaben y agradezcan a Dios al menos una vez al día con un Padrenuestro y un Ave María por habernos concedido la gracia de llamar a un misionero de esta familia". En una carta a sus padres durante el viaje a China reconoció lo duro que había sido para él dejar su casa y su familia. Pero los consuela con el pensamiento de que un día se encontrarán, quizá no en Oies, pero con seguridad en el cielo. "Recen por mí y yo rezaré por ustedes, para que ese día sea un día de alegría para todos nosotros. Recen para que primero pueda hacer mucho trabajo en la viña del Señor para la salvación de las almas".

En el espíritu de la Biblia escribió a sus hermanos y hermanas: "Enseñen a sus hijos lo más pronto posible a despreciar al mundo y sus riquezas". Lo que quería decir es que no las hicieran el punto central de sus vidas. "Temer y amar a Dios; enséñenles a rezar, a ser humildes y obedientes. ¡Recen también por mí!"

José estaba convencido del poder de la oración. Esto hacía que no sintiera miedo. Incluso si todo el mundo se derrumba, Dios no dejará de escuchar la oración. "Lo que necesitamos es orar mucho. Una vida sin oración es un camino seguro al infierno. Nunca se olviden de rezar por nosotros y por todos los misioneros". Era consciente de que Dios no necesita nuestra oración, pero que nuestras vidas sí necesitan de la oración. Y nunca olvidó que la oración no debe ser sólo por nuestras propias preocupaciones y problemas, sino sobre todo por los de los demás. Cuando oramos, nos convertimos en la voz de la Iglesia en el mundo, como José lo fue en China.

¿Qué tiene que decirnos José Freinademetz en el mundo secularizado de hoy día?

- La fe es una llamada. Trae consigo el deber "de ayudar a la gente que tiene problemas con su fe a llegar a la fe".
- Somos llamados a la oración; Dios no necesita nuestra oración. Puede ser que no cambiemos considerablemente el mundo sólo con la oración, pero su poder (el poder de Dios) puede inspirar a la gente a cambiar al mundo en el espíritu del evangelio hasta que encuentre la plenitud en Dios.
- Estamos llamados a la comunidad. El que se convierte al amor es un puente entre los pueblos y las culturas.
- Estamos llamados a ser una bendición. En un sermón durante una procesión diocesana de San José Freinademetz, el Obispo Wilhelm Egger de Tirol del Sur dijo: "Nos convertiremos en una bendición cuando hablemos de Jesucristo y trasmitamos su mensaje... Nos convertiremos en una bendición cuando nos comportemos como Jesús y hagamos el bien. Así que volvamos a casa y bendigamos a la gente. Las vidas de aquellos que permiten que Jesús los bendiga serán transformadas".

P. Peter Irsara SVD

Reflexiones bimensuales para el centenario de Arnoldo Janssen y José Freinademetz

“Precioso es la vida entregada por la misión”

Reflexión N° 3: La eucaristía en la vida de Arnoldo Janssen

San Arnoldo sintió un gran amor por la eucaristía, legado que recibió de sus padres. La madre de Arnoldo fue gran amante de la oración y profesó un amor especial a la santa eucaristía. Cuando se celebraban las “cuarenta horas de adoración” se quedaba rezando casi todo el día. Los domingos, a las 4’30 de la mañana ya estaba en la iglesia, para participar en la primera y en las siguientes celebraciones eucarísticas. Incluso en los días de entre semana era capaz de organizar su trabajo de tal forma que pudiera asistir a misa. Estaba convencida de que sin la bendición de la eucaristía no sería capaz de terminar su trabajo. Su ejemplo, al igual que el de su padre, que era profundamente religioso, dejaron una fuerte impresión en el joven Arnoldo.

Cuando tenía 11 años recibió la primera comunión. Lo consideró una gran gracia para la cual se preparó bien, tal y como era la costumbre del tiempo, aprendiéndose todo el catecismo de memoria. Nada sabemos de la vivencia religiosa de Arnoldo Janssen el día de su primera comunión. Él habló poco acerca de su sentir religioso y vida interior. Sin embargo, dos cartas que ocho años más tarde escribió a su hermano menor, Pedro, cuando éste recibió por primera vez al Señor Sacramentado, nos permiten intuir lo que significó este acontecimiento para él. En ellas, Arnoldo abre su corazón a su hermano pequeño y lo hace partícipe de sus propios sentimientos de reverencia y amor a la presencia real en la Eucaristía, lo mismo que encontramos en la última parte de su vida.

“Me embargó una íntima alegría cuando me enteré de que este año tendrás la dicha indesciframente grande de acercarte al altar del Señor y participar en un banquete del que anhelan gustar los ángeles. ¡Oh, si tú supieras lo que significa recibir el cuerpo del Señor! ¡Eres realmente consciente de a quién vas a recibir? Es el Rey de los cielos y de la tierra, el Señor de la eternidad... el poderoso que guía el universo de acuerdo a su voluntad... Desde ya prepara tu interior, encomiéndale tus alegrías y tus penas. Nunca te arrepentirás, como me arrepiento yo ahora de haber hecho tan poco para prepararme”.

En una segunda carta de cuatro días después, Arnoldo escribió:

“Finalmente llegó para ti el día más hermoso y feliz de tu vida. Día al que quisiera regresar incluso el sacerdote en sus años canosos, y cuyo

venturoso recuerdo lo embarga de serena alegría. ¡Oh, hermano, deja que te considere mil veces dichoso! Ahora eres el santuario del Señor, su herencia y su amor”.

Sentimos aquí algo de la vida que latía en Arnoldo. Él se sentía cautivado por el misterio del Verbo de Dios hecho hombre, ante cuya presencia su corazón vibraba de santo estremecimiento, Dios le permitía gustar de su amor. Con toda su fuerza espiritual, Arnoldo deseaba responder a este inaprensible amor y evitar todo lo que pudiera separarlo de él.

Pocos años más tarde encontramos el mismo amor y reverencia en la carta de Arnoldo a su madre poco después de su ordenación.

“Me encuentro solo en mi pequeña habitación, envuelto en la media luz de la aurora, a mi lado arde aún una vela, y frente a mí tengo un cuadro de Cristo. Reina quietud, una gran quietud en mi alma. Desde una torre cercana o lejana, repica de nuevo una campana y su tañido, penetrando en la noche, llega a mis oídos. Llama a los fieles a levantarse del sueño e ir al templo donde es ofrecido el Señor en santo sacrificio. Me produce una impresión maravillosa. Me digo: Pronto también tú te acercarás al altar y ocuparás allí el lugar de Jesucristo y celebrarás los santos misterios.”

Este amor y reverencia llena el corazón de Arnoldo también en sus últimos años: “Jesús vive en nosotros como Dios y hombre cuando comulgamos. Su divino cuerpo nos toca y nosotros lo tocamos. ¡Pero qué maravillosamente actúa el cuerpo de Jesús! Toda la humanidad fue redimida a través del sufrimiento y el derramamiento de la sangre de su precioso cuerpo. Y ahora su santo cuerpo nos santifica en la santa Comunión”. (Conferencia de 1894) Un poema de sus últimos años (1896) nos da una visión del misterio del amor de Arnoldo por la presencia de Jesús en la eucaristía.

Después de la Santa Comunión.

Oh felicidad apacible, oh dichoso destino, ahora él es todo mío,
Él, maravilloso e insigne rey, ante quien se inclinan los cielos.
Oh, decidme ¿dónde hay un trono que sea tan codiciado,
que de su Dios el Hijo ansía poseer?
¿Dónde hay un castillo en cuya sala coma el rey de lo creado?
¿Dónde hubo alguna vez un banquete que lo tuvo por comensal?

¡Oh, inefable y suprema felicidad! –No tengo palabras
Sobre mí recayó su mirada de amor, él pasó por mi puerta.

Entró en mi aposento, que desprovisto de ornato está.
Y me ofreció el vino de su amor como si tuviera yo su misma dignidad.
¿Hubo alguna vez un príncipe que, bajando de su trono
llamase al más pobre de los mendigos para estrecharlo sobre su corazón?

¡Oh supremo Hijo del gran Rey!, ante quien el mundo se inclina,
Mi corazón, ahora trono de tu amor, reverente calla y admira;
Calla en santo arrebató a causa del fuego de tu amor,
Y admira que tú, mi Señor y Dios, has querido descansar en mí.

No hay duda de que la devoción de Arnoldo por la Eucaristía estuvo influenciada por la teología y la religiosidad de la época. Según la teología de Matthias Scheeben, que influyó mucho en Arnoldo, la eucaristía era una fuente de gracia. Arnoldo a menudo enfatizaba que el Padre y el Espíritu Santo estaban presentes en la eucaristía junto con el Verbo Divino, aunque no de la misma forma. Centrar su vida espiritual en el misterio central de la fe cristiana, la Trinidad, le dio unidad, profundidad y vitalidad. Resaltar la dimensión trinitaria de la eucaristía es una característica de la espiritualidad de nuestro fundador y muestra porqué siguió siendo tan importante para él. No era para él algo aparte, sino enraizado profundamente en los misterios centrales de la fe cristiana: la trinidad, la encarnación y la salvación.

En cada eucaristía celebramos todo el misterio de la salvación y exclamamos “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven Señor Jesús!” En la celebración de la eucaristía participamos hoy del misterio salvífico cristiano: La encarnación, la pasión, la muerte, la resurrección y la glorificación de Cristo entran en este evento.

San Arnoldo consideró la Eucaristía como la celebración conmemorativa del sacrificio de la cruz sobre el calvario, en el que Jesús se ofreció al Padre como el Cordero divino. Él animó a sus cohermanos a participar en este entregarse totalmente a través de sus votos en la vida religiosa. "En la santa Misa, por lo tanto, deberíamos ofrecernos con el Salvador y renovar nuestros votos y la entrega total de nosotros mismos y lo que ellos implican, listos para afrontar cualquier sufrimiento." Lleno de su fe en la presencia verdadera de Cristo en la Eucaristía nuestro Fundador atesoró y apreció de un modo especial la adoración del Santísimo Sacramento. De diferentes maneras expresó su amor profundo y personal por el misterio de la presencia permanente del Señor en su Iglesia: en conferencias, en las oraciones que compuso dedicadas a Cristo presente en el Santísimo Sacramento, y sobre todo en sus visitas frecuentes al Santísimo Sacramento, algunas veces quedándose durante mucho tiempo en su presencia. Sobre todo en sus años más jóvenes a menudo pasaba largas horas durante la noche en la capilla.

Desde que fundó la Congregación de las Hermanas, Arnoldo Janssen había tenido en mente una congregación con dos ramas, las Hermanas de Misión y las Hermanas de Adoración. Llamaba a éstas últimas "misioneras de rodillas" ya que su tarea especial era rezar por las misiones. Hermann Fischer acentúa cómo para Arnoldo todo el trabajo por el Reino de Dios era en primer lugar un asunto de oración. Lo que Arnoldo dijo en su sermón en la apertura de la rama de las Hermanas de Adoración era típico de su aprecio profundo por la oración ante el Santísimo Sacramento expuesto: "Las Hermanas de clausura deberían sentarse como María a los pies del Señor, glorificarlo día y noche en el Oficio Divino, y en cuanto su número lo permita, mantener la adoración perpetua ante el Santísimo Sacramento, rezando de este modo por la riqueza de gracias para la Iglesia y la Congregación. "

Sr. Franziska Carolina Rehbein, SSpS

ARNOLDO JANSSEN Y LA PARABOLA DEL REINO

“El Reino del Cielo se parece a una semilla de mostaza... “(Mt 13:31)

“La simplicidad de este comienzo no debería desalentarnos. El más poderoso de los árboles comienza de una sola semilla y el más fuerte de los gigantes fue una vez un débil bebé. “(Arnoldo Janssen, el día de la inauguración de la Casa de Misión en Steyl.)

Jesús contó la historia del Reino de Dios sólo en parábolas. Lo notable de las parábolas de Jesús es que son todas historias simples sobre la experiencia diaria: un sembrador que sale a sembrar semillas en el campo, un pescador que lanza una red en el mar para coger pescado, una mujer que busca la moneda perdida, un pastor que busca la oveja perdida, un padre misericordioso que espera que su hijo pródigo vuelva a casa, etcétera. ¡Cosas muy simples y ordinarias!

El final de estas parábolas, sin embargo, nos sorprende por algo extraordinario: una semilla diminuta se hace un árbol grande, las semillas en tierra buena dan una cosecha del ciento por uno, hay mayor alegría en una oveja perdida encontrada que por las noventa y nueve restantes en el rebaño, el padre misericordioso da un gran banquete para el hijo pródigo que ha vuelto a casa.

¡El Reino de Dios es... *así!* La capacidad de experimentar el Reino de Dios es una especie de sensibilidad para ver algo extraordinario en las cosas ordinarias. Jesús, por lo tanto, dice: " Benditos los ojos que ven lo que ustedes ven " (Lc 10:23). Es la capacidad para ver un bosque en la semilla diminuta que brota, o ver el secreto del cielo y del océano en una gota del rocío de la mañana.

Si Jesús contó la historia del Reino de Dios en parábolas, los primeros cristianos contaron la historia de Jesús - su vida, muerte, y resurrección - como la mejor parábola de la presencia de Dios. Él es la pequeña semilla que cayó en tierra, murió, creció, y dio una cosecha abundante; él es el pan de la vida partido y multiplicado para los hambrientos, el agua viva que fluye para los sedientos, la luz que brilla en la oscuridad. Más tarde cuando Jesús envió a sus discípulos para seguir su misión, les envió con las manos vacías, porque quiso que siguieran el proceso de la pequeña semilla que tiene que morir para dar nueva vida. Bajo la guía del Espíritu Santo, los discípulos entendieron el secreto del Reino, tal como lo hizo San Benito en la gruta de Subiaco, San Francisco de Asís, que abandonó desnudo la casa de sus padres, Arnoldo Janssen en una casa vieja de Steyl y Madre Teresa sirviendo a los pobres y desposeídos de las calles de Calcuta.

Ahora podemos decir que la vida y la misión de Arnoldo Janssen se han hecho una parábola nueva del Reino de Dios. Recordamos las palabras que pronunció el día de la inauguración, cuando muchas personas quedaron decepcionadas al principio por la pobre Casa de Misión alemana- holandesa: “La simplicidad de este comienzo no debería desalentarnos. El más poderoso de los árboles comienza de una sola semilla y el más fuerte de los gigantes fue una vez un débil bebé. Sabemos que con nuestros recursos presentes no podemos lograr nuestra tarea, pero esperamos que el buen Dios proporcione todo lo que necesitamos. Y él puede hacer con nosotros lo que desee. Si el seminario tiene éxito, agradeceremos la gracia de Dios. Si nada sale de ello, humildemente golpearemos nuestro pecho y confesaremos que nosotros no éramos dignos de esta gracia... Entonces apelo a todos aquellos reunidos aquí: ¿Qué podemos hacer? Primero, rezar. Pidán al Señor de la cosecha. En segundo lugar, sacrificio.” Lo primero es lo

primero: tenemos que rezar porque, en última instancia, el Reino es obra de Dios mismo y nosotros somos sólo pequeños instrumentos en sus manos. Pero tenemos que sacrificarnos porque nos llama para seguir a Jesús como una pequeña semilla que tiene que morir para crecer y dar fruto. En este contexto también recordamos cómo Arnoldo comenzó su proyecto misionero con las manos vacías y cómo puso su confianza total en el Señor de la cosecha y confió en sus hermanos y hermanas, quienes compartieron y apoyaron su visión.

Dedicando su primera congregación misionera al Verbo Divino, Arnoldo Janssen quiso recordarnos que “En el principio era la Palabra...El Verbo se hizo la carne y vivió entre nosotros” (Jn 1:1.14). La primera actitud de un misionero, por lo tanto, debería ser una actitud contemplativa de dejar a la Palabra que se haga carne y viva entre nosotros. Recordamos un ejemplo particular de nuestro santo misionero José Freinademetz: Una vez preguntó a Arnoldo Janssen como podría prepararse mejor para su misión en China. Arnoldo le aconsejó que aprendiera de memoria el Evangelio, porque en aquella lejana tierra extranjera podrían prohibirle que llevara la Biblia y tendría que proclamar la Buena Nueva de memoria. José siguió el consejo, pero lo que él hizo fue mucho más que sólo la memorización de los textos. Dejó a la Palabra hacerse carne en su vida para que su persona fuera transformada por la Palabra y llegara a ser Buena Nueva para la gente del Sur de Shantung. Cuando Arnoldo envió a nuestros hermanos y hermanas como misioneros a otras partes del mundo, siguió poniendo en práctica la parábola del sembrador que salió a sembrar semillas en el campo. Arnoldo comprendió que habría muchos obstáculos en el camino; habría resistencia debido a la tierra rocosa y al suelo espinoso, pero al final la Palabra encontraría una tierra rica y produciría una cosecha muy abundante. Arnoldo, por lo tanto, impulsó a sus misioneros a hacer todo lo posible con el trabajo de evangelización porque “proclamar la Buena Nueva es el mayor acto de amor al prójimo”.

Desde el principio nuestras congregaciones (SVD, SSpS, SSpSAP) fueron pensadas como congregaciones internacionales. Quisieron recibir a miembros de diferentes pueblos y culturas; y nuestros misioneros debían ser enviados a todas las naciones, sobre todo a los sitios donde la Buena Nueva aún no había sido proclamada o aún no había sido proclamada bastante. De este modo nuestras congregaciones fueron pensadas como signos de que “la gente del este y del oeste, del norte y del sur, vendrán y se sentarán en el banquete en el Reino de Dios” (Lc 13:29).

Si hoy día reformulamos nuestra misión con las palabras “diálogo profético” o “relaciones vivificantes”, simplemente reafirmamos y profundizamos la idea misionera que hemos heredado de nuestro Fundador. Por el trabajo de nuestros misioneros, sobre todo por su compromiso con los buscadores fe y los pobres y marginados, actualizamos de nuevo las parábolas del Buen Pastor y del Padre Misericordioso. Cuando nos encontramos con la gente de otras culturas y otras religiones anunciamos enfáticamente que el Reino de Dios es para todos.

Escuchando las parábolas de Jesús, leyendo otra vez la historia de la vida de Arnoldo Janssen, y reflexionando sobre nuestra misión contemporánea, comprendemos que el Señor de verdad ha hecho grandes cosas por su sencillo servidor de Goch: ¡Hizo extraordinaria a una persona ordinaria!

Así alegremente seguimos nuestra misión hoy. Incluso aunque nuestros miembros en el Oeste de Europa estén en disminución y disminuyan también los recursos financieros, nuestros jóvenes misioneros de Asia, África, América u otras partes de Europa encontrarán un momento nuevo de gracia al seguir al Señor a lo largo del proceso de la semilla, porque “a no ser que un grano de trigo caiga en tierra y muera, permanecerá siendo un grano solo; pero si muere dará una cosecha abundante” (Jn 12:24). “Vale la pena de verdad la vida de quien lo da todo”, dijo Arnoldo.

Leo Kleden, SVD, Ledalero, Flores

**Reflexiones bimensuales para el
Año Centenario de Arnoldo Janssen y José Freinademetz
preparadas por el Centro de Espiritualidad Arnoldo Janssen en Steyl**

“Preciosa es la vida entregada por la misión”

Reflexión No. 5:

Homenaje a Madre Josefa, Hendrina Stenmanns



*“Dios Espíritu Santo, a tu amor y gloria,
consagro toda mi vida...
Cuando haya muerto ¡no me olviden!...”*

Quienes tuvimos la oportunidad y gracia de acompañar muy de cerca a nuestros seres queridos - especialmente padre o madre- en la hora de enfermedad y muerte, guardamos en el corazón esos momentos como un “precioso tesoro”, como un “kairos personal y familiar”, como un testamento sagrado que nos conforta y que al mismo tiempo, nos compromete. En nuestro servicio misionero no nos faltan tampoco ocasiones para estar cerca de nuestra gente, de nuestro pueblo sufriente en las horas de dolor y de muerte. ¡Cuántos testimonios de fe y esperanza compartimos en las comunidades, en los centros de salud, en las casas, en las calles, en el campo y la ciudad! ¡Cuántas páginas de testamentos espirituales vivos nos son concedidas ver, oír y tocar cada día! Y así, en el camino misionero de acompañar y ser acompañados, aprendemos a vivir y a morir con valor y sentido.

En esos momentos de proximidad al dolor y a la muerte experimentamos empáticamente la fragilidad e impotencia humana y al mismo tiempo, la fuerza, verdad y belleza del amor que atraviesa cada fibra de nuestro ser y nos coloca en otra dimensión, en la esfera de lo “real y eterno”. Precisamente allí, en ese contexto donde se abrazan el dolor y la esperanza, la ternura y la paciencia, la vida y la muerte cobran especial significación los gestos, plegarias, consejos y palabras de “Adiós”. ¡Qué profundas son las huellas que marcan esas despedidas en nuestra vida! Más aún, si permitimos que el testimonio de amor de estas personas nos acompañe como música de fondo mientras hacemos nuestro camino hacia la propia Pascua.

Asimismo, nos hace bien tener momentos especiales para recordar y narrar en familia la memoria de nuestros seres queridos. Ellos permanecen vivos, presentes y actuales en nuestros corazones. Su herencia se aprecia y comparte sencillamente, porque el amor no admite olvidos ni descuidos. Es en este sentido cobra especial significación para nosotros, SSpS, SSpSAP y SVD, en el año Centenario de la muerte de San Arnoldo Janssen y José Freinademetz y de la beatificación de Madre Josefa, Hendrina Stenmanns, actualizar el legado espiritual que nos dejaron.

En esta breve reflexión, pretendo de modo particular honrar la memoria de nuestra Madre Josefa a quien Arnoldo Janssen apreció, admiró y agradeció como co-fundadora de la Congregación de las Siervas del Espíritu Santo. En la carta que escribió desde San Gabriel a las Hermanas Misioneras y de la Clausura, el 20 de mayo de 1903, día de la muerte de Madre Josefa, así se expresaba Arnoldo:

“Esta muerte es nuevamente un golpe fuerte para mí, porque se me ha quitado nuevamente un gran apoyo, a quien el Señor había puesto a mi lado para la obra de la fundación religiosa... A ella se le ha concedido la corona nupcial después de una vida totalmente entregada... Cuán sencillo ha sido su ser, cuán filial su corazón, cuán sincera su obediencia y humildad, cuán infatigable su celo, cuán consciente su preocupación maternal, cuán profunda su piedad, cuán grande su amor a Dios, cuán edificante su espíritu alegre, cuán estimulante su amor por la verdad y el sentido de justicia y por último, cuán admirable su gran paciencia durante su larga enfermedad, su constante y silenciosa entrega a la voluntad de Dios, su aspiración sin miedo por la muerte y su anhelo de llegar al reino celestial”.

Se podría decir que esta estupenda descripción y reconocimiento sintetiza y refleja, en gran medida, los incontables testimonios personales que sobre Madre Josefa ofrecieron, las hermanas mayores de la congregación y algunos familiares y conocidos. Todos coinciden en afirmar que ella no fue una persona de grandes discursos sino más bien una mujer orante y práctica, que supo respaldar con obras sus palabras y generar deseos de entrega misionera en los demás. Con razón, muchas hermanas, al referirse a Madre Josefa aluden al conocido refrán que dice: “las palabras mueven, los ejemplos arrastran”.

Aún desde el lecho del dolor, durante el tiempo de su penosa enfermedad, Madre Josefa conmovió a todos los que la rodeaban con su ejemplo de vida. Con la expresión “pronto está mi corazón” sintetizó la razón de su existencia y nos convocó a centrar nuestra vida religiosa misionera en la prontitud y dinamismo del amor trinitario. Antes de morir, se despidió expresando deseos de fidelidad y continuidad al proyecto de Dios que se inició en Steyl y que luego se extendió al mundo entero. Su testamento espiritual constituye un texto de capital importancia dentro del patrimonio espiritual de las Hermanas Misioneras Siervas del Espíritu Santo y de la gran familia arnoldina. Testamento que hoy nos invita a resignificar, recrear y vivir los principios y valores evangélicos por los que ella supo jugarse. Testamento que nos interpela a ser fieles y creativos, a peregrinar en un proceso de constante crecimiento y conversión, para que nuestra vida no sea sólo mero discurso sino más bien y con la gracia de Dios, vida religiosa que interpela y testimonio misionero que arrastra.

Del testamento espiritual de Madre Josefa, sólo consideramos aquí brevemente algunos puntos que de hecho merecerían mayor extensión en su tratamiento. Sin lugar a dudas, cada persona y cada comunidad, podrá continuar reflexionando e incorporando tanto la perspectiva bíblica como lo socio-cultural, de forma tal que la esencia de su contenido se torne relevante para nosotros en los distintos contextos donde estamos: Amen y veneren al Espíritu Santo... la respiración de una Sierva del Espíritu Santo debe ser: ¡Ven, Espíritu Santo!:

Madre Josefa vivió una profunda relación de fe, confianza y amor con Dios Espíritu Santo. Desde su primera visita a Steyl, probablemente para la fiesta de Pentecostés de 1880, la oración y el fervor misionero que encontró en Steyl la movió a escribir la solicitud para que Arnoldo Janssen la admitiera en la casa misional: “Con mucho fervor pedí las luces del Espíritu Santo, para que el buen Dios me conduzca allí donde desde la eternidad lo tiene decidido, el pensamiento de que debo ingresar en la Casa Misional no me abandona...No deseo otra cosa que con la gracia de Dios ser la última y sacrificarme por la obra de la propagación de la fe...”

Consagró toda su vida al Espíritu Santo, se dejó guiar y acompañar por el Soplo Divino, así pudo integrar en su persona la contemplación y la actividad misionera. Su apertura y fe para vivir en la presencia del Espíritu le permitió caminar con los ojos fijos en Jesús, confiar en la bondad del Padre, dejar todo lo que pudiera bloquear su entrega. Supo acoger con atención lo nuevo, los signos de vida en sí misma y en los demás, discernir constantemente y madurar como mujer, hermana y madre en la entrega misionera. Así como San Arnoldo, Madre Josefa se esforzó para dejar marcado a fuego en la conciencia de sus hijas, que el Espíritu Santo es el “protagonista principal de la Misión”, decía: “el Espíritu Santo “Padre de la Congregación”

es la fuerza conductora de la obra misional”. Así como Jesús Resucitado, al reencontrarse con sus discípulos les sopló el Espíritu Santo, Madre Josefa, en su vida e incluso en su lecho de muerte, dejó a sus hermanas el secreto de la felicidad misionera, la apertura y docilidad al Espíritu. ¡Ven Espíritu Santo! debe ser la respiración de cada Sierva! (Cfr. Jn. 20,22).

Practiquen la caridad fraterna: tanto Madre María Elena como Madre Josefa, vivieron y transmitieron la convicción de que las relaciones interpersonales fundadas en la caridad evangélica generan auténtica comunión, garantizan el crecimiento personal y comunitario y constituyen en sí mismas un testimonio auténticamente cristiano. Madre Josefa, decía: “Dios nos consagró para que seamos un solo corazón y una sola alma... permanezcan unidas y cuiden que entre las hermanas de distintas actividades haya una buena relación”. Se podría decir que para ella, la práctica de actitudes y gestos concretos de amabilidad, ayuda mutua, aceptación, respeto, tolerancia, cuidado, confianza y reconciliación eran el termómetro con que se mide el grado de consistencia evangélica y de integración de los sentimientos del Hijo. Ese Hijo es quien nos amó hasta el extremo y antes del volver al Padre nos dejó, como testamento el mandamiento del amor: “ámense unos a otros como yo los he amado...” (Cfr. Jn.15,12-17) Como en los tiempos de Jesús y del Kulturkampf, nuestro tiempo también está marcado por rupturas, divisiones y conflictos de diversa índole. Ahora nos toca a nosotros traducir la caridad evangélica no tanto en palabras e idiomas, sino más bien en gestos, actitudes y acciones de comunión que humanizan.

Permanezcan humildes y sencillas: Madre Josefa nunca negó ni olvidó su origen socio-cultural, desde pequeña se destacó por su sencillez, servicialidad y humildad. A partir de su profunda experiencia de saberse amada y cuidada por el Padre Bueno, supo captar el deseo profundo que el mismo Dios puso en su corazón, ser una mujer cristalina entregada laboriosamente a la extensión del Reino. La humildad y sencillez franciscana que creció en ella desde los años jóvenes, la condujeron a la experiencia de intensa satisfacción humana incluso en circunstancias difíciles. Liberada de los deseos y pretensiones egocéntricas que oprimen el corazón e impulsada por el Espíritu Santo, Padre de los pobres, aprendió a trascender y a sintonizar con los deseos del Hijo. Se identificó con Jesús quien no vino a ser servido sino a servir y anunció con regocijo que a su Padre le gusta revelar sus misterios a la gente sencilla. (Cfr. Mt.11,25 -30) En nuestra vida inserta en sociedades que idolatran el confort, las cosas sofisticadas y las apariencias, Madre Josefa nos invita a recuperar el valor de lo pequeño y la sabiduría de los pobres

Respeten al Padre Arnoldo como Padre y Fundador... Oren por los sacerdotes y cultiven buenas relaciones con los sacerdotes y hermanos... Madre Josefa, reconoció, valoró y amó al Padre Arnoldo Janssen como Padre Espiritual y Fundador de las congregaciones misioneras. Consideraba a Arnoldo como, instrumento elegido por Dios para llevar adelante, con visión amplia y celo misionero, la gran obra de la propagación de la fe. En las cartas de Arnoldo Janssen y Madre Josefa, descubrimos una relación basada en la fe, en el buen espíritu de colaboración, comunicación, sensibilidad y respeto. Desde los comienzos de nuestras tres congregaciones se vio la importancia de la ayuda, colaboración, oración y apoyo recíprocos. Esta convicción fue creciendo a lo largo de los años, con el reconocimiento de la dignidad de cada persona y de cada vocación, como así también de las necesarias y naturales diferencias que nos enriquecen. No sólo por cuestiones prácticas ni por necesidades personales, sino más bien desde la comprensión y expresión legítima de nuestra espiritualidad trinitaria y carisma misionero. El P. Antonio Pernia, Superior General SVD en su discurso a las Misioneras Siervas del Espíritu Santo durante el XII° Capítulo General de 2002 habló, entre otras cosas, sobre el tema la mutua colaboración. El subrayó que la misma no puede improvisarse e implica formación. Para una genuina cooperación, se requiere de personas capaces de dialogar, de reducir o eliminar los viejos y nuevos prejuicios, de conocer y apreciar mejor la historia, el carisma, la espiritualidad, el estilo de vida, la mentalidad, el modo de afrontar la realidad que tienen las otras personas. Además, la mutua colaboración presupone un buen auto-conocimiento y aceptación personal.

Que en este año de gracia sigamos reavivando el interés y entusiasmo por releer y actualizar el testimonio de nuestra generación fundadora, cuyas vidas entregadas a la misión son preciosas. Con las palabras de San Arnoldo Janssen respondemos al deseo de Madre Josefa, de no olvidarla: “Yo aprecio mucho a Madre Josefa. Le estoy enormemente agradecido por los muchos y grandes servicios que prestó a la Congregación de las Siervas del Espíritu Santo en su fundación, me alegro que el Señor la colocó ya varios años a la cabeza de todas las hermanas, quienes la consideran y aman como a su buena madre”.

Hna. María Cristina Avalos, SSpS

**Reflexiones bimensuales para el
Año Centenario de Arnoldo Janssen y José Freinademetz
preparadas por el Centro de Espiritualidad Arnoldo Janssen en Steyl**

“Preciosa es la vida entregada por la misión”

Reflexión No. 6:

Arnoldo Janssen y la voluntad de Dios



El dicho popular de la Divina Comedia de Dante “En tu voluntad está nuestra paz” sería un buen lema para la vida del P. Arnoldo. Cuando fue destinado a trabajar como director del Apostolado de la Oración comenzó a entender que así como honramos al Sagrado Corazón de Jesús, también debemos comenzar a unirnos a las intenciones de ese Corazón Divino. A menudo citaba a San Pablo, “Tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (Fil 2,5). Construyó un ideal espiritual: “La mejor forma de devoción al Corazón de Jesús es hacer que nuestros deseos se conformen a los del Corazón de Cristo ... Como Jesús, nosotros deberíamos vivir nuestras vidas no para nuestro propio honor y gloria, sino según la voluntad de Dios y para su gloria.”

Actuando con esta convicción de que todas las decisiones debían ser canalizadas a través de la ferviente oración, buscando la voluntad de Dios, nos mostró que no se limitó a dejarnos su ideal espiritual en el área del pensamiento y la razón. El P. Arnoldo tomó la Palabra de Dios en la Escritura seriamente y cuando leía las palabras de San Pablo: “La voluntad de Dios es su santificación” (1Tes 4,3), consideraba esto como un mandato para sí mismo y para su congregación misionera. Decía a sus seguidores que la santificación es el trabajo de Dios, pero que requiere nuestra cooperación. Una vez comentó: “Un rasgo esencial del sometimiento a Dios es el deseo de buscar su voluntad acerca de nosotros en todos los aspectos ... Entonces Dios nos iluminará, nos llevará a la santidad y nos permitirá hacer todas las cosas en él, que nos da la fuerza.”

El P. Arnoldo estaba convencido de que la voluntad de Dios se nos da a conocer en las circunstancias concretas de vida. Reflexionaba piadosamente sobre la Encarnación y creía que Dios envió a su Hijo al mundo como hombre para enseñarnos quién es Dios y cómo seguir su voluntad. Por tanto, Dios sigue mostrándonos su voluntad a través de agentes humanos y a través de los acontecimientos que permite que acontezcan en nuestras vidas. Siempre estaba atento a la Palabra de Dios que está viva y activa en la Sagrada Escritura y exhortaba a sus sacerdotes, hermanos y hermanas a encontrar la voluntad de Dios en los acontecimientos de sus vidas. Sentía que Dios no permite que nos pase nada si no es para sus propios objetivos. Es importante para nosotros

reconocer que Dios actúa en nuestras vidas. El P. Arnoldo siempre volvía a la enseñanza básica de San Pablo que lo había impresionado tanto cuando comenzó su trabajo para el Apostolado de la Oración: “Tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús.” Estaba convencido de que esforzándonos en tener los mismos sentimientos de Cristo nos conduciría a comprender y seguir la voluntad de Dios, porque Jesús vino sólo para hacer la voluntad del Padre.

El P. Arnoldo estudió la Palabra de Dios en un esfuerzo para conformar su mente y su corazón según la mente de Cristo. Este fue el primer paso para buscar la voluntad de Dios. Examinaba todos los aspectos de cada proyecto nuevo antes de tomar una decisión. También buscaba el asesoramiento de muchos obispos y otros con autoridad, ya que consideraba que ellos le dirían la voluntad de Dios acerca de la fundación de un seminario misionero. Aunque en algunas ocasiones advertía contra la consulta a demasiadas personas. En una carta al Diácono Hermann Wegener le aconsejó: “En cuanto al asesoramiento que usted buscará, le aconsejo que no consulte a demasiadas personas. Esto sólo lo confundirá. No hay ningún modo cierto de saber la voluntad de Dios en esta vida; según la enseñanza de la Iglesia, ni siquiera podemos estar seguros de la gracia santificante. Cada persona tiene que tomar por sí misma la decisión principal sobre su vocación. Si Dios le da la gracia de abrazar un estado más perfecto, con el permiso de su confesor y habiendo reflexionado sobre ello en oración con Dios, entonces puede proceder. Dios permite a los que lo buscan encontrar el camino al cielo y usa la obediencia para que la persona pueda alcanzar la mayor gracia.” Encontramos en estas palabras una idea de cómo el P. Arnoldo buscaba la voluntad de Dios en su propia vida: oración ferviente y asesoramiento de un confesor o un consejero espiritual.

Cuando comenzó con la casa de misiones, la fuerte convicción del P. Arnoldo de que hacía la voluntad de Dios hizo que siguiera adelante, incluso cuando los primeros colaboradores, el P. Bill y el seminarista Reichert lo abandonaron y había la posibilidad de que el seminarista Anzer también lo dejase. Al final de 1875 reflexionaba así: “...Incluso si el Señor en su plan inescrutable desecha a los primeros constructores, para quizás sustituirlos por otros que son mejores y más convenientes, que se haga la voluntad del Señor. Que se haga siempre su voluntad. Que él escoja sus instrumentos y los descarte como le plazca.”

Oraba en aquel primer año: “Que Dios nos dé la gracia de buscar su voluntad con entusiasmo y hacernos cada vez más dignos de sus bendiciones divinas a través de la consecución de un corazón sencillo y cariñoso.”

Cuando buscaba el permiso de los obispos para la fundación de la casa de misiones y se encontró con muchos impedimentos, el P. Arnoldo expresó así su lucha: “He experimentado períodos de dura lucha y me parecía que tendría que aguantar una crucifixión si quería tener éxito. Además de esto experimenté la aflicción física y alguna adversidad. Pero me pareció que rendirse sería contrario a la voluntad de Dios. Así que persevero, sigo trabajando, y no tengo duda de que Dios quiere el proyecto y que él es el verdadero *agens*, que se digna usar nuestras pobres manos para este objetivo.”

Para el P. Arnoldo, la voluntad de Dios y la obediencia religiosa eran una sola cosa. Una vez escribió: “Consideren la voluntad de sus superiores como la santa voluntad de Dios e intenten obedecer con toda simplicidad y sinceridad.” Sin duda que habría estado profundamente satisfecho de leer el nuevo documento sobre la autoridad y la obediencia de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada (Mayo de 2008): “Buscar la voluntad de Dios significa buscar una amistosa y benévola voluntad que desea nuestra plenitud... La obediencia no es humillación, sino la verdad sobre la que la plenitud de las personas humanas se construye y realiza. De ahí que el creyente sienta tan ardientemente deseos de realizar la voluntad del Padre y hacer de ello su aspiración suprema.” En 1904-05 cuando seis sacerdotes fueron destinados a las misiones, el P. Arnoldo les pidió: “Por favor, reconozcan la voluntad de Dios en esta llamada a través de la obediencia religiosa, humildemente ríndanse a ella y acéptenla alegremente como un desafío.”

Al seleccionar a las Hermanas para ser enviadas a las misiones, le decía a la Hna. Josefa: “Este asunto no puede hacerse de prisa ni precipitadamente; usted debe rezar mucho y pedir a otros que recen, y luego reflexionar y tomar una decisión una vez que usted haya obtenido toda la información necesaria y haya pedido otras opiniones de quien pueda dar detalles más exactos de todo... Al mismo tiempo rece repetidamente al

Espíritu Santo e invoque a los santos patronos. La importancia de una opción buena es obvia. Usted tiene que seguir la luz de arriba con toda sencillez, pero también con mucho cuidado, procurando encontrar la voluntad de Dios y cómo esta se manifiesta en la situación.” Otra vez vemos cómo buscaba la voluntad de Dios.

Creía que la oración ferviente para conocer la voluntad de Dios resolvería cualquier dificultad en la realización de algo, como escribió al P. José Freinademetz en China en lo referente a la aceptación de un sacerdote en la Congregación: “Si desea tan urgentemente hacerse miembro de nuestra Congregación, debería comenzar a rezar fervientemente, pues si ésta es de verdad la voluntad de Dios, las dificultades del camino quedarán resueltas.”

En cuanto a la fundación en Brasil el Fundador escribió: “Si es la voluntad de Dios que permanezcamos allí, él ordenará las cosas de tal modo que su divina voluntad sea revelada.” Cuando quiso establecer una misión en Chile escribió: “Ya que en este momento no podemos cumplir los requerimientos, esta no es la voluntad de Dios para nosotros. Así que no podemos oponernos si las dos personas interesadas... se acercan a otra Congregación.” Con respecto a un colegio en Santiago dice: “Si soy de la opinión de que no debería comenzar proyectos nuevos por mi propia iniciativa, sino esperar a ver el camino que la Providencia Divina señala, creo que actué legítimamente... Puesto que Santiago es la capital de Chile y un colegio sería una gran responsabilidad para la Congregación, este principio debe aplicarse aún más y debo pedirle a Dios que tenga en cuenta mi debilidad. Si él nos quiere en Santiago debería hablarnos claramente indicando su divina voluntad... Si queremos construir un colegio y una iglesia necesitaremos mucho más dinero del que tenemos. Así que espero algunos signos adicionales sobre la voluntad de Dios.”

Siempre antes del establecimiento de una fundación nueva, el Fundador rezaba y esperaba que la voluntad de Dios se revelase más claramente. En ciertas situaciones, como en el caso de la fundación de la casa de misiones en Techny, quedó claro a través de varios acontecimientos que era la voluntad de Dios seguir adelante y rezó para que la fundación nueva correspondiera a la santa voluntad de Dios. Con respecto a una fundación en Palestina, siguió las reservas de sus consejeros y pidió al Obispo que buscara otra congregación. Escribió: “No podemos tomar el asunto por ahora; primero la voluntad de Dios debe revelarse más claramente.”

En junio de 1901 el P. Arnoldo recibió una carta de cincuenta y cinco páginas del P. Gier con una lista de sus defectos e imperfecciones. Esto le causó mucho sufrimiento al Fundador pero él lo aceptó con gran humildad. En su discurso a la comunidad en un día de fiesta, el 19 de julio, otra vez mencionó la voluntad de su Dios como centro de su pensamiento: “Enormemente necesito oraciones. La Congregación crece rápidamente. Esta es la voluntad de Dios, que cada miembro se dedique a su trabajo... pido el amor eterno del Espíritu Santo, que me conceda su amor cada vez más... Que Dios establezca entre nosotros en todo aspecto una relación que nos ligue a su divina voluntad.” En su conferencia de despedida en San Gabriel, en junio de 1908, el Fundador concluyó sus recomendaciones para el futuro de la casa de misiones con estas palabras: “Que se haga la voluntad de Dios. Su santísima voluntad siempre debe ser adorada.”

Podemos ver en varias citas que la “voluntad de Dios” era siempre penetrante en la vida del P. Arnoldo. No sólo se esforzó con toda su capacidad para comprender esa voluntad y seguirla, sino que repetidamente se lo pedía a sus sacerdotes, hermanos y hermanas. Que sus oraciones por nosotros continúen ayudando a todos los miembros de sus tres fundaciones a hacer lo mismo.

Hna. Mary Catherine, SSpSAP

**Reflexiones bimensuales para el
Año Centenario de Arnoldo Janssen y José Freinademetz
preparadas por el Centro de Espiritualidad Arnoldo Janssen en Steyl**

“Preciosa es la vida entregada por la misión”

Reflexión No. 7:

Arnoldo Janssen, un hombre de diálogo



De vez en cuando uno puede tener la impresión de que ‘el diálogo profético’ es un concepto totalmente nuevo y una palabra de moda para describir nuestra misión hoy. Pero cuando miramos más de cerca la vida y el trabajo de Arnoldo Janssen encontramos que él era un modelo de diálogo profético en varias formas. El último Capítulo General SVD muestra que el diálogo profético significa “lo que es típicamente el modo SVD de llevar a cabo la misión” (En Diálogo con el Verbo, N° 6, 2006, pág. 7), comenzando con Arnoldo Janssen mismo.

Fue su fe en el Dios Trino lo que condujo a Arnoldo a estar abierto y atento a las necesidades del mundo, que a su turno influyeron en él, lo formaron y dieron a nuestras congregaciones su característico empuje misionero. Desde el principio, el P. Arnoldo entendió la misión como el diálogo permanente de Dios con la humanidad.

Aunque era tímido, reservado y bastante torpe en las relaciones interpersonales, sin embargo encontró caminos y medios para expresar lo que resonaba profundamente dentro de él. Fue este poder de discernir y conectar, más que cualquier otra cosa, lo que da autenticidad a la espiritualidad de Arnoldo. Esto es sólo posible cuando uno aprende a relacionarse o a dialogar significativamente: consigo mismo, con los otros, con la creación, y con Dios. Vamos a echar una mirada a algunos de estos ejemplos de diálogo de nuestro Fundador.

Consigno mismo: El P. Arnoldo estaba en contacto consigo mismo, consciente de su carácter áspero y su personalidad difícil. Su personalidad puso en peligro relaciones y amistades. Cuando su secretario le mencionó algunos comentarios críticos que se hacían sobre él, el P. Arnoldo le pidió al P. Gier que anotase los comentarios que oyera. Poco pensaba él que el P. Gier lo tomaría tan seriamente, y unas semanas más tarde le dio al P. Arnoldo 54 pequeñas páginas de críticas negativas. El P. Arnoldo hizo esfuerzos especiales para mejorar. Rezaba cada día después de la Misa: “*Para con mis subordinados dame, Señor, la gracia del discernimiento, propio de un padre sabio y del corazón de una madre*”! (J. Reuter, Cautivado por el Espíritu, pág. 99).

Arnoldo suscitaba admiración, pero también provocaba antagonismo. Molestó a muchos; y con frecuencia esto sucedía aparentemente por un comportamiento contradictorio, más que por la palabra predicada o la acción inspiradora. Para muchos de nosotros, Arnoldo permanece siendo un enigma, un rebelde y, con frecuencia, un fastidio. El diálogo y la conexión con cuestiones reales implica una exposición de la vulnerabilidad, comenzando con la propia vulnerabilidad de Arnoldo. Mal equipado para la tarea que tenía por delante, el P. Arnoldo sintió con mucho dolor la realidad de quién era: Su gran deseo de compartir el amor de Dios con toda la gente contradecía sus capacidades obvias. Su visión quedó enturbiada por muchas reacciones negativas y por la imposibilidad de una tarea tan enorme, que se hacía aún más difícil por el tiempo incorrecto de la historia: la Kulturkampf. En sus luchas interiores él sintió profundamente su humanidad en sus debilidades y limitaciones, pero entró en aguas más profundas. Arnoldo se permitió ser vulnerable, se liberó de todas las defensas y se abrió a la posibilidad del ridículo y el fracaso, de ser despojado del orgullo personal, de ser herido, rechazado y mal entendido. Él se entregó en el diálogo con la Palabra.

Con los otros: El P. Arnoldo leyó los signos de los tiempos de una forma desafiante y inquietante. Él tenía la libertad interior para escuchar profundamente y la iniciativa externa para responder en formas nuevas. Desde esta perspectiva, el P. Arnoldo nos enseña que el diálogo es un modo de estar presente en la historia, el diálogo no es pasivo; más bien es valeroso, agitado, y toma la iniciativa. Arnoldo tenía este espíritu atrevido hasta al punto de desechar todo lo que no produce vida en la abundancia. En aquellos días del comienzo, su participación en el Apostolado de la Oración lo condujo a tomar conciencia del mundo más amplio. En el lenguaje del Apostolado de la Oración, sus intenciones se hicieron una con las intenciones de Dios o *“las intenciones del Sagrado Corazón de Jesús”*. Mientras la Iglesia alemana se recogió en sí misma y en su propia crisis debido al Kulturkampf, para Arnoldo esto significaba que el Espíritu lo incitaba a mirar más allá de sí mismo a las necesidades del mundo más amplio, y así sintió una nueva misión, que lo condujo a la apertura de la primera casa de misiones alemana/holandesa. *“Vivimos en un tiempo cuando muchas cosas se derrumban y cosas nuevas deben ser establecidas en su lugar.”* (Arnoldo Janssen a Arzobispo Melchers de Colonia, 1875)

Arnoldo era un hombre de diálogo, el diálogo con el mundo y el diálogo con Dios. *“La gente puede servir a Dios y todavía dedicarse a asuntos mundanos.”* No había ninguna contradicción para Arnoldo, lo vivió en tensión creativa y al mismo tiempo lo condujo a estar abierto al Espíritu y a arriesgarse en las relaciones. Mostró entusiasmo por la misión, las culturas y las lenguas en el modo en que respondía a peticiones de países de misión nuevos. Su secretario recordó como él extendía enciclopedias y mapas sobre el piso para aprender todo lo que podría sobre el país y la cultura de donde venía la petición. En su vulnerabilidad, Arnoldo podría escoger libremente: estar abierto a los otros, sin importar quién fuera el otro, mantenerse firme en sus convicciones en medio de la controversia, arriesgar su voz o acción aun cuando hubiera posibilidad de ser malentendido, rechazado, o que se rieran incluso los mismos que vivían con él, compartir su fe y visión aun cuando pudiera ser criticado, arriesgarse al fracaso; así descubría sus capacidades y su potencial.

Con la creación: El P. Arnoldo nos ayuda a reconocer que lo que da el significado verdadero a la vida son las cosas que a menudo desechamos como si tuvieran poco valor. Por ejemplo: La santidad de nuestro mundo creado. Debemos recordar que la primera PALABRA hablada por Dios fue la creación en su belleza y su diversidad (Prólogo de Juan). Esta es nuestra pasión de por vida.

Como profesor de ciencias naturales descubrió a Dios en todas las cosas y seres y a todas las cosas en Dios: *“En la primavera vemos cómo las plantas, maravillosamente formadas, brotan del suelo oscuro, sucio y pronto están de pie ante nosotros en toda su belleza colorida y nos miran con ojos brillantes, cariñosos, como mensajeras de Dios. ¿De dónde vienen? El dedo de Dios, el Espíritu Santo, está trabajando aquí.”* La conciencia de la presencia de Dios y la apertura al Espíritu es la clave de su espiritualidad, ya que en el corazón de la espiritualidad del P. Arnoldo yace el misterio de la Santísima Trinidad. Esto fue la base de su unión con Dios, su amor por la gente, y su entusiasmo misionero. Esto afectó a cada aspecto de su vida y llegó a crear una relación profundamente personal con Dios como Padre, Hijo y Espíritu; *“nosotros en Dios y Dios en nosotros.”* Todo le hablaba de Dios, y Dios le hablaba en todo. Así su vida fue de discernimiento constante y de diálogo. Los miles de las cartas que escribió hablan por sí mismas; estaba cerca de sus hermanas y hermanos en las misiones y los

apoyó constantemente. “Obviamente, ‘el espíritu del Fundador’ es profundamente Trinitario. Esto está arraigado en la gran devoción del Fundador a la Santísima Trinidad. Porque el diálogo de vida y el amor dentro de la Trinidad es el darse totalmente al otro.” (‘Una Palabra de P. General’, Arnoldus Nota, enero/febrero de 2007).

Con Dios: Por su devoción a la Santísima Trinidad Arnoldo procuró salvaguardar y fomentar los valores espirituales y holísticos que sostienen la vida en su significado fundamental. El diálogo debe ser tan global como sea posible y desafiar todos los movimientos que apuntan hacia la exclusividad. La visión de Arnoldo de Dios y del plan divino de la creación lo condujo a percibir en profundidad por el diálogo. Se esforzó por discernir y ver la situación entera como Dios la ve, y las contradicciones que otros encontraban irreconciliables él las abordó en tensión creativa. Es la unidad de toda la realidad, el todo que es mayor que la suma de las partes, que compromete a la persona en el diálogo.

Cuando estaba agobiado por la vida, Arnoldo se sentaba y en esos momentos de intimidad y oración, Dios era su roca, su significado, su coraje, su todo. “*La oración meditativa no es un tiempo de reflexión estéril, fría; más bien debería ser un sentido diálogo amoroso con Dios.*” Él descubrió que sólo en la confianza firme y la entrega total en las manos de Dios podría hacer que su sueño imposible llegara a ser una realidad. En aquellos momentos vulnerables pero llenos de gracia, Arnoldo fielmente usaba el potencial que Dios había invertido en él, sin importarle el coste. Sus debilidades se hicieron sus fuerzas y hoy tenemos el don de este “hombre tan normal”. Y más importante, ser vulnerable es conocer el poder paradójico en la entrega de nosotros mismos a Dios. Es permitir al poder del Espíritu de Dios entrar y moverse a través de nosotros. Es saber que por nosotros no podemos hacer nada, pero con un corazón que se entrega a Dios podemos hacer todas las cosas en él, que desea la gracia para nosotros en cada momento de nuestras vidas. Así podremos ser una bendición para otros como Arnoldo ha llegado a ser para cada uno de nosotros.

P. Michael Somers, SVD

**Reflexiones bimensuales para el
Año Centenario de Arnoldo Janssen y José Freinademetz
preparadas por el Centro de Espiritualidad Arnoldo Janssen en Steyl**

“Preciosa es la vida entregada por la misión”

Reflexión No. 8:

San José Freinademetz: Su “Conversión”



Asumo que ya San José Freinademetz es conocido por todos nosotros. ¿Hay algo nuevo que decir sobre él? ¡Sí! De unas líneas trataré de comunicar lo que él significa para mí.

Durante mis primeros años en nuestra Congregación yo no lo conocía bien. Sí, él era uno de nuestros primeros misioneros, de nuestros primeros misioneros en China. Pero, había misioneros más grandes y mucho mejor conocidos en la historia de la Iglesia: San Pablo, San Francisco Xavier y muchos otros. Además: ¡Estaba nuestro fundador, San Arnoldo Janssen! Él había producido una gran impresión en mí. Por varios motivos él estaba muy cerca de mi familia. ¿El P. José Freinademetz? ¡Ninguna relación especial!

Pero en recientes años grandes cambios han ocurrido en esta relación. Mis cuarenta y cuatro años en China (23 en Taiwán, 21 en el Continente) han abierto mis ojos. La visita al lugar donde él vivió y murió, leer las cartas y los informes que él escribió y los que otros escribieron sobre él, fue una revelación para mí: ¡Su vida, su desarrollo desde un ideal y entusiasta sacerdote joven hasta un misionero frustrado en Hong Kong y Shandong, y luego otra vez el maravilloso cambio o la conversión del misionero que aprendió a hablar la lengua del amor! ¡Realmente es la historia de la realización de un santo!

Cuando el hijo de las montañas del Tirol descendió del barco en Hong Kong en abril de 1897 estaba seguro de que a partir de aquel momento salvaría a paganos pobres y arrancaría la idolatría y la incredulidad. En San Martín había dicho a sus feligreses: “Cuando pienso en las gentes y países sobre los que reina la oscura noche del paganismo, donde no se conoce la verdadera religión, en esas gentes que, no obstante todo, son nuestros hermanos y hermanas, mi corazón bate fuerte y mis ojos se llenan de lágrimas.” Y en su sermón de despedida afirmaba: “Conozco la horrible miseria de nuestros hermanos en ultramar, que nos piden ayuda con los brazos extendidos y lágrimas en los ojos.”

Él había dejado la parroquia de su patria para salvar a la gente, bautizar, luchar contra los diablos y los demonios, pero nadie estaba interesado en él, nadie quería verlo, nadie nunca lo visitó, nadie quiso bautizarse, nadie estaba interesado en su mensaje. Sí, querían ver al extranjero con su larga nariz; hasta lo llamaron “demonio extranjero”. Se rieron de él cuando intentó decir algo en la nueva lengua.

En su lugar de origen él había sido muy estimado y honrado como sacerdote y había sido bien aceptado como persona. Pero aquí nadie parecía estar interesado en saber por qué estaba allí. Mirando hacia atrás en aquellos días escribió: “Lo que vi, oí y experimenté día tras día, era con frecuencia diametralmente opuesto a las convicciones que había tenido hasta entonces.”

Lo que era totalmente incomprensible para él y lo que sintió más amargamente fue la indiferencia religiosa que notó por todas partes. Nadie parecía tener hambre del pan de la verdad y la gracia como él había esperado. Siendo un hombre de su tiempo con fondo europeo no había ningún espacio en él para entender la cultura extranjera y su modo de vivir. “El aire que uno respira aquí es de fondo pagano; ninguna inspiración viene del exterior; cualquier palabra alentadora o ejemplo inspirador bueno están ausentes. Ningún sonido de una campana de iglesia, ninguna celebración religiosa, ninguna procesión solemne habla al corazón; en la mayor parte de los casos la capilla tiene la misma decoración el Viernes Santo que el domingo de Pascua. Por fuera, no hay ninguna diferencia entre la Navidad y el miércoles de Ceniza.” - ¡Momentos de desesperación!

¿Dónde estaba el Dios que lo había llamado, que lo había enviado al campo de misión? Hubo momentos en que intentó compartir su gran frustración en cartas a su familia y amigos, momentos en los que ponía la culpa de su frustración en la gente (los chinos) que él había venido a salvar. En las cartas de estos primeros años leemos frases como la siguiente, llena de prejuicios: “El carácter chino, para nosotros europeos, no tiene nada de atrayente. ...El Creador no ha dotado a los chinos con las mismas cualidades que a los europeos. ...El chino no es capaz de elevarse a pensamientos superiores.”

En sus cartas también leemos su concepto cuestionable de lo que es ser misionero: “Y esto es lo que el joven misionero siente con mayor amargura: Llegó de Europa cargado de ardiente celo e ilusiones; deseaba que a la noche sus brazos se desplomasen exhaustos de tanto bautizar y predicar.” José era un hombre de su tiempo. No había ningún lugar para las otras religiones. Ser misionero significaba ganar almas para la fe católica. Como no había logrado alcanzar este objetivo, estaba decepcionado y frustrado.

CONVERSIÓN. Sus decepciones personales, su carencia de éxito, le obligaron a reflexionar sobre su vocación. ¿En qué se había equivocado? ¿Qué tipo de misión había aplicado hasta ahora? Comprendió que la ropa china no lo había hecho un hombre nuevo. Comenzó a entender lo que tenía que hacer: tenía que haber un cambio del hombre interior. En Shandong intentó hacer lo que en Hong Kong no había logrado hacer: Llegó a conocer el chino, sus costumbres y hábitos, su modo de mirar cosas, su lengua y su cultura. ¿El resultado? Cuanto más llegaba a conocer el chino, su lengua y su cultura, más las apreciaba, más las admiraba y comenzó a amarlos realmente.

Desde luego, sabía que el proceso sería doloroso. Pero pronto José estaba en camino al éxito. Era capaz de mirar a los chinos y a su trabajo en China de un modo nuevo y así llegó a ser el gran misionero que todos conocemos. En muchas de sus cartas podemos ver que se había enamorado de sus queridos chinos. Preparándose para sus votos perpetuos, escribió a sus parientes: “...Ahora que no tengo grandes dificultades con el idioma, y conozco a la gente y su sistema de vida, China se ha convertido en mi patria ... Quiero vivir y morir con los chinos.”

El problema principal de José en sus primeros años como misionero entre los chinos era que su idea de la misión no comenzaba de los chinos: Su lengua, sus condiciones de vida, sus necesidades, su pensamiento y prácticas religiosas, su modo de vivir. Tuvo que comprender que él tenía que usar un enfoque diferente: Tuvo que orar, vivir con los chinos, llegar a conocerlos, a amarlos, y a trabar amistad con ellos.

José comprendió que no eran los chinos quienes tenían que cambiar; ¡Era él el que tenía que cambiar, él tenía que convertirse! Y realmente llegó a esa conversión. José ganó los corazones de los chinos. Ellos comenzaron a confiar en él, querían estar con él, y aceptaron su nuevo mensaje que él mismo vivía. Había aprendido la lengua del amor y junto con sus amigos chinos continuó el camino a la eternidad donde - como había dicho - quería estar siempre con sus chinos queridos. ¡Qué conversión!

La conversión de José lo ayudó a acercarse a la gente a quien él servía y así acercarse más a Dios. Se encontró en el camino a la santidad. Se hizo un modelo para sus cohermanos contemporáneos y para todos los misioneros futuros en China.

Esto nos trae a nuestro trabajo y a nuestra situación presente aquí en China Continental. Todavía tenemos que tratar con un sistema político con muchos problemas y peligros para nosotros. Hemos visto como - al menos en ciertas ocasiones, sobre todo en los primeros años - José afrontó muchos peligros, problemas y dificultades, que crearon en él mucha tristeza y sufrimiento. Pero cuando comprendió que muchos de estos fenómenos venían por sí mismos, causados por malentendidos y la falta de conocimiento, comenzó a mirar de un modo diferente las situaciones y la gente. Se comunicó con la gente usando la lengua que todos entienden. Y la gente comenzó a confiar en él; vieron el bien que hacía y estaban listos para trabajar con él.

La situación política es diferente hoy. Pero las relaciones básicas humanas en China son todavía las mismas. Oficialmente no pueden hacerse muchas cosas. No oficialmente, se hacen muchas. La confianza mutua y la amistad hacen que muchas cosas sean posibles. La lengua del amor es realmente la lengua que todos entienden. ¡También hoy!

Arnold Sprenger, SVD